

CAPÍTULO VII

Carta del misionero Alba al P. Isidro López y elogios que del P. Pignatelli hace en ella. — El libro de *La Verdad desnuda*. — Furor con que se le persigue. — El nuevo Legado de Ferrara y el P. Pignatelli. — Don José Moñino. — Su carácter. — Efectos que produce en Roma su ida á aquella corte. — Primera audiencia del Papa. — Coaccion moral que sobre él ejerce el ministro. — La minuta del Breve de abolicion. — Serios temores de los jesuítas. — Primera reparticion del reino de Polonia. — La Emperatriz Catalina y los jesuítas de la Rusia Blanca. — El P. Czerniewicz en San Petersburgo. — El conde Tchernichef se le aficiona. — Protege Catalina á los Padres.

1772

Mientras los ministros de Madrid con sus manejos ocultos y con el dinero del real erario trabajaban por impedir el restablecimiento de la Compañía en Francia, el misionero Alba con gran reserva y no menor actividad entendía en la impresion de su libro, que había de revelar á todo el reino la serie de iniquidades de los ministros que lo gobernaban. Á fin de que el resultado fuese más completo y seguro, trabajó por romper las prisiones de un respetable sacerdote, que seis años hacía estaba gimiendo en lóbrega cárcel siendo inocente; y por el valimiento que había tenido con el rey, podía abrirle los ojos y hacerle caer en la cuenta de lo engañado que sus ministros le traían.

No viéndose otro medio para obtener la libertad del desgraciado, que interesar á su favor con el rey al Soberano Pontífice,

escribió Alba una breve relacion del triste estado del sacerdote; y por el cardenal Pallavicini, secretario de Estado del Papa, trató de hacerla llegar á manos del Pontífice, como lo hizo. Dió-sele á entender á Alba que sería conveniente remitir tambien copia de ella al cardenal Torregiani por medio del P. Isidro López. Sacó Alba la copia, y la dirigió á dicho Padre, acompañándola con una carta, en que hace grandes elogios del P. Pignatelli, y descubre lo mucho que el Siervo de Dios trabajaba en bien de la Compañía. La carta era del tenor siguiente¹:

«Valencia, Mayo 5 de 1772. = R. P. I[*sidro*] L[*ópez*]. = Con fecha de 24 de Marzo, de Barcelona, y con el nombre de D. Antonio Berar Soleron, escribí á M[*onseñor*] el C[*ardenal*] Pallavicini, incluyéndole un resumen, de que este es copia, y de la misma letra de aquel. Después, amplificada esta historia en dos pliegos de la misma letra, os los remití con cuatro líneas de mi puño² por el Sr. Antonelli de Ferrara y os lo hice prevenir por la misma vía: así entenderéis que debéis despertar á Antonelli si se ha dormido.»

«De todo esto avisé á aquel singular hombre enfermo terciario [el P. Pignatelli], que visitasteis en el último de vuestros

¹ P. LUENGO, *Papeles varios*, Tomo 20, pág. 83.

² Decíale así: «Perdonad la pluma y apreciad las verdades. Conocisteis al Autor en la mañana de un día memorable. ¡Quién pensara en tal noche! Usad copias, romped el original: sea vuestro objeto la importante libertad de un Mártir, que es de la Iglesia. El gran Pastor puede reclamarle inocente más con el ruego que con la autoridad. Así se ilustrará el Ungido (el Rey); romperáse el nudo de la iniquidad; la humanidad respirará, y el día deseado será más luminoso. Si vuestro oficio no ha de ser eficaz y secretísimo, olvidadle; no añadáis aflicción al afligido. Sé que algun synopsis se dirigió antes á M[*gr.*] P[*a*][*la*]vi[*cini*]: lo que falta en aquel se suple en este. Dad parte en vuestras oraciones á quien ni conocisteis ni os conoció en el Tabor (en la prosperidad) para conocer y ser conocido en el Calvario (en la desgracia): á vos sirve de prueba, y á un ignorado sirve de castigo. ¡O cuán perversos los juicios de los hombres! ¡o cuán adorables son los de Dios en esos mismos! Ya veis aquí derribados los muros de Jericó por las voces de la verdad de una trompeta desconocida. Dios sea glorificado.» (En el lugar citado de los *Papeles varios*, se halla el original de esta esquela).

días, en cuya casa me conocisteis por la primera y última vez. ¡Qué acaso! Veis aquí que hoy me advierte cuánto convendría que tubiese otro igual resumen *ese todo un hombre* Mgr. Torregiani, y que fuese por vuestro medio, pues os reconoce por de gran calibre, y á quanto puede ser el más á propósito hombre del mundo para hacer el juego con las precauciones que pide el caso.»

«Cree este amigo que sin otro en Mgr. Torregiani, sería inútil el de Mgr. Pal[*lavicini*]. De esta suerte yo no perderé por anónimo para con el primero, y me conocerá al descubierto por uno de los pocos órganos fieles de las tenebrosas verdades de esta Region. Vos no podéis dudar quien yo sea, ni que soy autor de este resumen, del de Antonelli y del de Mgr. P[*allavicini*], que lo encontrará Mgr. Tor[*rigiani*] en su poder con mi carta, y todas sus señales; y así quedará satisfecho Su Em. de vuestra verdad, y podrá obrar confiadamente en la inteligencia de que el resumen de Antonelli es como la quinta esencia de todos los hechos y de todo lo escrito que he tenido presente y que solo yo he podido tener, saber y presenciar, como único con quien se han tratado tan secretos arcanos.»

«Veis aquí cumplido el deseo de vuestro amigo¹, á quien con vuestra familia² debéis lo que es imposible explicaros. No os negaré que á mí tambien me debéis la intrepidez y libertad de mi imaginacion y de mi pluma en mis descubrimientos, vigiliias, trabajos y escritos; pero me lo debéis por él, yo os lo confieso, y vos lo confesaréis algun día.»

«Débaos, pues, yo á vos y á vuestros amigos el trabajar por este hombre incomparable³ que ha seis años que está reducido á una region estrechísima que él solo habita, donde pocos mortales llegan, si no es tal cual á ciertas horas: no sé cómo vive, ni

¹ Todo esto sigue refiriéndose al P. Pignatelli.

² La Compañía.

³ La persona de quien empieza á hablar el autor, no puede ser otra que el arcediano de Murcia, D. Miguel de la Gándara, uno de los tres presos después del motin de 1766 cuando fue desterrado el Padre López. Residía en Madrid por orden expresa de Carlos III, á quien

cómo sana quando enferma, y de días á esta parte va su salud muy trabajosa. Su historia no es otra que la expuesta en el de Antonelli. Temen que si respira un aire libre, se mudaría el tiempo, y en la region de arriba (en la corte) entraría una claridad irresistible. Temen que yo me acerque, por evitar esta revolucion: el empeño es inicuo pero indispensable; y es preciso romper esta cadena de iniquidad.»

«La clase inocente y sagrada de este Mártir de la verdad debía excitar el propio movimiento de un Padre comun que rogase al Júpiter [al Rey]¹ nuestro para que oiga la voz de la naturaleza y de la religion, que no le dejan oír los que le rodean. Esta era la obra digna de Mgr. Tor[rigiani]. Desentiérrese esta estatua prodigiosa de las cavernas Pompeyanas, respire un aire libre, y se hará con más felicidad vuestro desencanto universal. No ignoro que va á suceder vuestra remigracion; pero con cuántas ventajas si la estatua estuviera desenterrada. Pensad que no faltan amigos: que á esta hora, de Júpiter abajo hay mucha iluminacion en unos, miedo en otros, vergüenza en muchos, confusion en no pocos, admiracion y esperanza en innumerables. Obrad, pues, con actividad y confianza, respondedme, y vale².»

acompañaba en los sitios reales. Con su intermediacion al rey y por la entereza y libertad de su genio, sin duda hubiera abierto los ojos del sorprendido monarca; y este fue el único delito por que se le prendió. GUTIÉRREZ DE LA HUERTA, en su *Dictámen*, pone de manifiesto la inocencia del arcediano Gándara; y sin embargo se le encerró en una casamata del castillo de Pamplona con tal rigor, que ni siquiera el breviario se le dejó. Túvosele, dice Huerta, «en prision secreta, sin comunicacion ni trato humano, con el mayor rigor é indecencia, donde acabó sus días, como todos saben.» (*Dictámen*, pág. 239.) Los seis años de prision (de 1766 á 1772), la calidad de esta, en las cavernas pompeyanas, (esto es, en la ciudadela de Pompeyópolis ó Pamplona) como se dice más abajo, y las circunstancias personales de Gándara, arguyen con toda certeza ser la misma persona á quien alude Alba en su escrito.

¹ Este nombre se daba á Carlos III. Á su confesor llamaba Azara «Júpiter, el del cordon.»

² Al pie se lee esta nota: «Hallóse todo esto entre los papeles del difunto R. P. Isidro López, y van fielmente copiados á la letra. Los

El estilo de esta carta descubre el espíritu de su autor y lo contundente del que usó en su libro. Púsole por título «La Verdad desnuda,» que había llevado un libelo infamatorio, escrito en Portugal, y no era sino pura mentira. Acabóse de imprimir á principios de Junio. Entregó Alba los ejemplares á un hermano suyo y á un criado de su confianza, y él salió de España para Italia. El hermano y el criado los introdujeron en Madrid por la Pascua del Espíritu Santo, que comenzó el 7 de Junio¹. En dos ó tres

originales pararon en manos del Señor Don Joseph Piñateli.» Estas últimas palabras, y la especial mencion que del P. Pignatelli hace Alba en otros pasajes de su correspondencia, me hicieron en un principio sospechar, y después dar por casi cierto, que el amigo del P. López, de quien se habla en esta carta, no podía ser otro que el Siervo de Dios; pues le conviene todo lo que de él aquí se dice. En efecto: el P. José estuvo terciario en Ferrara por este tiempo, como escribe el Padre Monzon: allí le visitó el P. López, como vimos en el capítulo precedente: su carácter era extremadamente reservado: por último era reconocido por hombre, á quien la Compañía en su tribulacion era deudora de mucho. El confesar Alba que lo que tambien á él debía «la familia» del P. López, se lo debía por él, esto es, por el P. Pignatelli, da á entender que la parte principal en este asunto tan delicado él mismo la atribuía al P. Pignatelli.

¹ Con esta misma fecha escribieron los dos á Alba una carta que le dirigieron á Roma, y fue sacada del correo por Azara, el cual nos conservó copia de ella en el tomo 2.º de su correspondencia con Roda, página 324. Decía así el criado: «Jesús sea con todos. Amen. Padre y señor mío: recibí la que Vd. escribió por Francisco, la que dirigió desde Pamplona, desde Bayona y desde Tolosa; y doy gracias á su divina Majestad por tanto beneficio. El día 14 de Junio se reparten los dulces (los libros) confesando y comulgando el día ántes: y el no haber determinado ántes, no ha estado en nuestra mano; pues de la carta que escribió Vd. á Villavieja no se han explicado aún en cosa alguna: y viendo que tanto se retarda, confiados solo en Dios, determinamos hacerlo dicho día 14, en que saldrá el hermano, aunque sea *ostiatim*, si no se explican en algo ántes, etc.» Y el hermano añade: «Mi querido Padre en el Señor: ¡cuán distinto nos ha salido de lo que esperábamos! pues veo que es servido el Señor de que vaya peregrinando por el mundo. No tenga Vd. pena, pues voy contento, pues es voluntad de Dios. Yo espero en su divina voluntad (*sic*) que no me ha de faltar: y así no tenga Vd. pena de nada. Para este negocio somos tres, y esperamos mucho bien que ha de resultar con la gracia de Dios. Adiós, padre mío de mi alma, hasta que Dios sea servido de que nos veamos.»

días repartieron dos mil ejemplares, y según otros cuatro mil; y al momento se escaparon á Italia. La corte se vio inundada de libros, y no pocos llegaron á las provincias. El asombro, el furor y el miedo se apoderó de los ministros culpables, al ver descubiertas sus inicuas tramas. El libro fue inmediatamente prohibido por los Tribunales del reino y quemado por mano del verdugo; y bajo pena de muerte se mandó que fuesen entregados todos los ejemplares por cualquiera que los poseyese.

Persiguióse á su autor con una actividad asombrosa; pero todo en vano. Visitó Alba en Bolonia y Ferrara ocultamente á sus amigos. Pasó á Roma, hicieronle ver el peligro en que se hallaba de ser descubierto; pero él impávido no quiso salir de la ciudad hasta haber hecho entregar por tercera mano un ejemplar de su libro al cardenal Pallavicini, «y otro á otro personaje que no nombran,» dice el P. Luengo: es de creer que sería el cardenal Torrigiani. Al fin salió de Roma, y se escondió en los estados del Emperador, en Mantua primero, y después en Gorizia.

Sería nunca acabar referir las medidas que se tomaron en España y en Italia para descubrir al autor y á sus cooperadores¹. Por fortuna ningún resultado dieron las sospechas, que en

¹ Óigase á Azara en este asunto de Alba: «Me aturde V.,» dice en 2 de Julio de 1772, «con la relacion del atentado del famoso Alba.... me alegraría que nuestro conde diese una buena tunda á dicho clérigo y á sus fautores.»—9 Julio: «Mil gracias por el papelón del fanático Alba..... Si el autor viene aquí, hallará proteccion.....; pero si yo tuviese mano en las cosas, no se me escaparía de un buen varapalo.»—16 de Julio: «Veo por la de Vd. toda la historia del prete Alba y su fuga..... Yo he dado algunos pasos para ver si está aquí; y por si no ha llegado aún, he escrito á Civitavecchia para que me avisen cuando desembarque. Si el diablo hace que doy con él, tengo pensado dejarme de historias, y hacerle hurtar *per fas ó nefas* todo su equipaje, porque juzgo que lo más principal es pillar sus papeles..... Si yo estuviera sentado en esa sala de alcaldes y se votara este pleito, no dudaría un instante de dar mi voto para que colgaran en la Plaza Mayor al susodicho sochantre (Alba)..... El obispo de Teruel tambien me las pagaría, si se hubiese emporcado en la causa.»—30 de Julio: «Con las noticias que Vd. me ha dado he practicado diligencias para topár con

seguida recayeron sobre los expulsos. Contribuiría tal vez á que los pesquisadores no se fijasen de una manera particular en el P. José Pignatelli, la consideracion especial con que á él y á su hermano Nicolás los trató el nuevo Legado de Ferrara, que en este mismo mes de Junio llegó á dicha ciudad. He aquí el hecho como lo refiere el autor del Diario¹ el día 23 de Junio:

«Llegó pocos días ha á la ciudad de Ferrara el nuevo Legado, que lo es el Emmo. Escipion Borghese, de una de las principales casas de Roma..... Ha recibido con mucho agrado y cortesía á los Padres Provinciales de Aragon y del Perú, y les ha ofrecido en todo lo que ocurra su proteccion. Le han visitado tambien los Padres Pignatelli, de la Provincia de Aragon y hermanos del Excmo. Sr. Conde de Fuentes; y les ha recibido y tratado no solamente con buen modo y estimacion, sino con familiaridad y llaneza, llamándoles de *tú*, como usan entre sí los grandes Señores, que se miran como iguales. Según las miserables circunstancias en que se halla la Compañía, y á vista de lo que hacen otros, es mucho de estimar el afecto y estimacion que muestra á los jesuitas este Emmo. Borghese; especialmente, que aunque tiene muchos en su casa á quienes imitar en esto, tiene tambien la tentacion de hallarse en España, sirviendo al Rey, D. Horacio Borghese, su hermano, que al presente es coronel del regimiento de Montesa; y según el furor del Ministerio de Madrid, es muy fácil de entender que cuantas injurias y ofensas hiciese á los jesuitas serian otros tantos servicios y méritos de su hermano en orden á sus adelantamientos y ascensos.»

Grande era en efecto el furor de los ministros españoles: y

el amigo don Francisco de Alba. Por más que se hace, nada se puede averiguar. El único rastro que he topado es una carta que había aquí para el tal Alba bajo el nombre de D. Francisco de Guzman, que Vd. me dijo había tomado huyendo de España. La he sonsacado de la posta, y después de abierta, entregado á Moñino para que la remita de oficio, ya que él tiene orden para entender en esto. De su contenido se pueden sacar varias noticias para instruir el proceso del papelón de «La Verdad desnuda,» además de la confrontacion de letras.»

¹ Tomo 6.º, pág. 155.

el peligro en que se veían de ver deshecha en un momento su obra de tantos años, los armó de nuevo coraje para descargar sin pérdida de tiempo el golpe mortal sobre la Compañía. Estaba ya designado para suceder á Aizpuru¹ en el ministerio de España en Roma D. José Moñino. «Era hijo de un escribano de Murcia², y había hecho su carrera paso tras paso con habilidad de abogado mañoso y por el ancho camino de halagar las opiniones reinantes. Sabía menos que Campomanes, pero tenía más talento práctico y cierta templanza y mesura: hombre de los que llaman *graves*, nacido y cortado para los negocios; supliendo con asidua laboriosidad y frío cálculo lo que le faltaba de grandes pensamientos; conocedor de los hombres, ciencia que suple otras muchas y no se suple con ninguna; á ratos laxo y á ratos rígido, segun convenía á sus fines, á los cuales iba despacio, pero sin dar paso en falso, conforme al proverbio antiguo *Festina lente*; grande amigo del principio de autoridad hasta rayar en despótico; muy persuadido del poder y grandeza de su *amo*, y más ferozmente absolutista que ninguno de los antiguos sostenedores de la *Lex regia*, y á la vez reformador incansable, dócil servidor de las ideas francesas. Tal era el personaje que Carlos III envió á Italia (no sin celos de Roda) con instrucciones secretas y omnímodas para lograr la extincion de los jesuítas ó por amenazas ó por halagos.»

Desde el momento en que fue destinado para ministro de

¹ El Sr. Aizpuru estaba apoplético; tenía frecuentes insultos, y renunció su embajada. Fue designado para sucederle el piemontés señor La Bagna á fines de 1771; y habiendo fallecido al principiar el año siguiente, fue enviado Moñino á sustituir á Aizpuru. Este y los otros dos embajadores de las cortes borbónicas, Bernís y Orsini, secundaban la conducta del Pontífice de ir dando largas hasta que cambiase la situación de las cortes, y principalmente de la de España, para librar á Clemente XIV de la opresion en que se le tenía. Viendo los ministros que este cambio era posible, como ya había sucedido en Francia, hicieron cuanto les fue posible para enviar á la embajada de Roma un hombre de su devocion y suficientemente enérgico para obligar al Papa á extinguir la Compañía. Este hombre fue Moñino.

² MENÉNDEZ PELAYO, *Heterodoxos*, Tomo III, pág. 159.

España en Roma, se esparcieron por toda Italia excesivos elogios de sus prendas y cualidades, en tal grado, que los Padres españoles que le conocían bien, no acababan de admirarse de la desfachatez con que se mentía y de la facilidad con que eran creídas tantas falsedades.

Ya en 25 de Abril de este año de 1772 escribía uno de ellos¹: «Hay un furioso empeño en este país de representarnos por todos los medios posibles, y aun en las Gacetas publicar, á este Sr. Moñino como un hombre grande, extraordinario, un héroe, de talentos, doctrina y erudicion casi nunca vistas, y adornado en un grado muy sobresaliente de todas las prendas y calidades que se requieren en un Ministro de una corte tan respetable. Todo es artificio, astucia y malignidad del partido anti-jesuítico, con el fin de hacer grande, célebre y famoso á este hombre, que mira ya como mortal enemigo y perseguidor de los jesuítas, y conciliarle de este modo estimacion, poder y autoridad en el ejercicio de su Ministerio en Roma. Y desde luégo tienen el gusto estos lisonjeros panegiristas de Moñino, que con sus desmesurados elogios se alegran grandemente los enemigos de la Compañía, viendo que tendrán presto en Roma solicitando su ruina y proscripcion un hombre tan singular, tan célebre y tan grande. Por el contrario muchos pusilánimes jesuítas, y principalmente los italianos, se entristecen, se afligen y se turban temiendo que lo mismo será llegar á Roma un hombre de quien se dicen tales cosas, que ser echada por tierra la Compañía.»

Y á 29 de Junio añadía: «Llegó finalmente esta noche pasada á esta ciudad (de Bolonia) el ya famosísimo en toda Italia y aun en toda Europa por los grandes elogios y alabanzas que se han publicado de él, D. José Moñino..... No se detuvo en el colegio (de españoles) más que á cenar, y á la una después de media noche, se puso otra vez en camino hacia Florencia. Se han ido contando, por decirlo así, los días, las horas, y los instantes del viaje de Moñino, todos sus pasos y movimientos, y á

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 6.º, pág. 507.

proporcion que se va acercando á Roma, va creciendo el gozo y la intrepidez en los enemigos de los jesuítas; y en estos, especialmente en los de Roma, el caimiento y tristeza.»

«Un miserable escuadron y un puño de hombres desvalidos, desanimados, macilentos, sin ánimo y sin vigor, es puntualmente la figura más expresiva de los jesuítas de Roma al tiempo que escribimos esta cosa: y un ejército numeroso, altivo, insolente, lleno de orgullo y de osadía, es una vivísima representacion de sus enemigos en la misma corte; y no aguardan estos segundos para dar á los primeros la batalla, que ha estado suspendida por un tiempo, sino la señal de su general y comandante, que lo es el grande é incomparable Moñino, que á largas jornadas se va ya acercando á Roma; y luégo que llegue, piensan atacar á los encogidos y pavorosos jesuítas, derrotarlos, pásarlos á cuchillo y acabar con todos. No hay ponderacion alguna ni hipérbole en esta comparacion que acabamos de poner; y á este modo es preciso que lo conciban los que vengan después de nosotros, si quieren entender en alguna manera el abatimiento y temor de los jesuítas, y la jactancia y furor de sus contrarios al llegar Moñino á Roma¹.»

Si eran ó no justificados los temores y el abatimiento de los jesuítas, lo dirán los hechos. Llegó Moñino á Roma al principiarse el mes de Julio. Su objeto era obtener la pronta extincion de la Compañía, que acababa de verse á punto de ser restablecida en Francia; y la aparicion del libro de la *Verdad Desnuda* era argumento irrefragable de que se trabajaba con actividad para restablecerla tambien en España. Los manejos diplomáticos no habían producido hasta entonces ningun resultado: era preciso recurrir á la violencia. «En vano se niega la coaccion moral,» dice Menéndez Pelayo: «en las cartas de Azara está manifiesta².» «Al lado de esta correspondencia,» continúa, «sincerísima por lo truhanesca, poca fuerza hacen los despachos ceremoniosos

¹ *Diario*, Tomo 6.º, pág. 176.

² Lugar citado.

de Floridablanca. Así y todo, viene á confesar, con eufemismos diplomáticos, que desde su primera audiencia (13 de Julio) amenazó al Papa, «exponiéndole con vehemencia que el rey, su amo, era monarca dotado de gran fortaleza en las cosas que emprendía.»

De esta primera audiencia de Moñino daba noticia el caballero Azara á su amigo Roda en el correo próximo, á 16 del mismo mes, por estas palabras: «El domingo se dio audiencia á Moñino. Diluvios de palabras, y palabras altisonantes (*sesquipedalia verba*). Moñino sin embargo le dio cuatro toques fuertes sobre el asunto, pero en general; quizás porque no alcanza á más su pólvora: y quedaron amigos. Ahora verán ahí, si es que quieren ver, que yo no les engañé cuando les pinté el jesuitismo del hombre,» esto es, del Papa.

Es digno de notarse que Azara á cada paso da testimonio de la voluntad de Clemente XIV de no extinguir la Compañía y de salvarla á todo trance: esto es lo que en su lenguaje llama «el jesuitismo del hombre.» Bastaba entonces no declararse enemigo de los jesuítas, para ser notado con el denigrante apodo de jesuíta. Pero vayamos siguiendo los pasos de Azara. En el correo siguiente, (23 de Julio), escribe: «Figúrese V. qué dirá [Moñino], cuando repetidamente se vea engañado y vendido en todos cuantos negocios maneje. Creo sin embargo que su venida nos ha de ser útil.»

«Habían pensado en echar la especie de remitir el asunto de la extincion á una congregacion; y con esto se vino el otro día Buontempi, [el confesor del Papa]; pero Moñino LE DIO TAL ROCIADA, que no creo les haya quedado gana de volver á proponer tal pensamiento¹.» «Moñino tuvo audiencia del Papa..... Sus resultas fueron tales, cuales yo me tenía figuradas. Habló el Papa *per omnia secula seculorum* sin concluir nada: ratificó expresamente que destruiría los jesuítas, pero que necesitaba de tiempo; que lo dejen hacer, que fra Lorenzo era galantuomo.....;

¹ Carta de 20 Agosto, 1772.